

Generalidad y Representación
María José Frápolli
Universidad de Granada (España)

1. Presupuestos Filosóficos

Acerca de la verdad se han dicho muchas cosas, algunas de ellas ajustadas e informativas aunque también muchas superfluas o abiertamente desenfocadas. Un asunto que no ha sido en exceso debatido, al menos en las últimas décadas, es el alcance de los conceptos semánticos de *verdadero* y *falso* (y sus diversas modificaciones estilísticas), cuál es su espacio de actuación y a qué se aplican. Hintikka, marcando las similitudes entre su semántica de teoría de juegos y los juegos de lenguaje de Wittgenstein, afirmó, como tesis general, que “the precise force (meaning) of our words is to be seen from the more or less institutionalised activities of the people that use them in their primary context (in the language-game which is their ‘logical home’)” J. Hintikka (1978a, p. 136). Nuestro objetivo aquí será argumentar a favor de la tesis de que las oraciones cuantificadas del lenguaje natural no tienen como cometido expresar proposiciones y por tanto que, primariamente, no son ni verdaderas ni falsas. El hogar lógico de la verdad y la falsedad es el juego de lenguaje de hacer aseveraciones, de decir cómo son las cosas. Si una oración se usa para hacer algo diferente de aseverar, de afirmar, de describir, entonces su uso no produce una proposición y su evaluación no puede hacerse en términos de verdad y falsedad. Junto con esto, defenderemos que el predicado gramatical “es verdadero” no es un predicado genuino, esto es, no es un predicado de primer orden que sirva para predicar propiedades de objetos. El predicado gramatical “es verdadero” funciona como el predicado gramatical “existe”. Es un término lógico que no tiene una función representacional. La conexión entre verdad y generalidad que iluminaremos en lo que sigue es doble: por un lado, ambos operadores pertenecen a la categoría de las funciones de nivel superior, por tanto las oraciones que los incluyen no son aseveraciones y no son, primariamente, evaluables en cuanto a su verdad o falsedad. En segundo lugar, el operador de verdad tiene como argumentos proposiciones y por ello las oraciones que lo contienen, que no expresan proposiciones como se ha dicho, no pueden a su vez ser argumentos de este operador: ni la verdad ni la existencia pueden iterarse.

Desde otro punto de vista, muy alejado de las consideraciones lógico-semánticas que se acaban de realizar, pero coincidente en cuanto a su punto de llegada, nos inspira la idea de Ramsey en “General Propositions and Causality” (1931, p.241) de que las oraciones cuantificadas no expresan juicios sino reglas para juzgar. Entendida en su alcance justo, esta tesis no plantea ninguna revolución. De una forma u otra, con más o menos insistencia o claridad, puede encontrarse no sólo en el segundo Wittgenstein, sino también en el Wittgenstein del *Tractatus* y es identificable en la primera obra de Frege, *Begriffsschrift*. Ramsey la adapta a sus posiciones pragmatistas, pero no es constitutiva de un punto de vista pragmatista. La definición original de las constantes lógicas como operaciones con proposiciones en Frege y Wittgenstein es perfectamente compatible con esta visión instrumental de los cuantificadores y con la interpretación no representacional de los pensamientos generales que queremos defender en lo que sigue. Nuestra aproximación será pragmática, en la línea de Ramsey, como se ha indicado, pero también en la de Brandom, por citar uno de los últimos proponentes de este estilo de pensar. Se trata de ofrecer un análisis del papel que determinados operadores, y las oraciones en las que se insertan, juegan en el lenguaje natural. La pregunta que guiará

nuestra aproximación no es tanto “¿cuál es el significado de los adverbios de cuantificación?” como “¿qué pretenden los hablantes al proferir oraciones cuantificadas?” o, alternativamente, “¿qué papel juegan los pensamientos generales en nuestros sistemas de creencias?”.

En el debate contemporáneo entre inferencialistas y representacionistas respecto a cómo significan las expresiones del lenguaje natural, nosotros no nos alineamos en ninguno de los dos bandos. Nos mantendremos fieles a la genialidad del segundo Wittgenstein y al olfato de los que desarrollaron su intuición y defenderemos la heterogeneidad de funciones y de modos de significar que los lenguajes naturales nos proporcionan. En el § 23 de las *Investigaciones Filosóficas* dice Wittgenstein: “¿Pero cuántos géneros de oraciones hay? ¿Acaso aserción, pregunta y orden? – Hay *innumerables* géneros: innumerables géneros diferentes de empleo de todo lo que llamamos “signos”, “palabras”, “oraciones”.[...] Es interesante comparar la multiplicidad de herramientas del lenguaje y de sus modos de empleo, la multiplicidad de géneros de palabras y oraciones, con lo que los lógicos han dicho sobre la estructura del lenguaje. (Incluyendo al autor del *Tractatus logico-philosophicus*.)”. Toda la discusión de estas páginas se resume en la idea de que mientras que las oraciones declarativas elementales tienen una función representacional, las oraciones cuantificadas no la tienen.

Hagamos ahora algunas consideraciones generales que enmarquen la idea que queremos transmitir. Un rasgo característico de la lógica moderna es la importancia que en ella adquieren los operadores de cuantificación, y un rasgo característico de la filosofía de la lógica ha sido y es la preocupación por este tipo de expresiones. La teoría de la cuantificación es la creación de Peirce y Frege. No obstante, desde sus orígenes a finales del siglo XIX hasta nuestros días, la teoría se ha beneficiado de interpretaciones nuevas y amplias ramificaciones y extensiones producidas desde diversas ramas del saber. La teoría de la cuantificación contemporánea es ahora el resultado del trabajo, a veces coordinado y otras veces solitario, de matemáticos, lingüistas y filósofos de la lógica y del lenguaje. Aún reconociendo la contribución de lógicos y semánticos formales en la comprensión del funcionamiento de extensas parcelas del lenguaje, nuestra aproximación no asumirá sin más ni los resultados formales relativos a las expresiones de cuantificación ni el punto de partida de algunas teorías contemporáneas. Como muestra, nosotros rechazamos la idea de que los cuantificadores del lenguaje natural pertenecen a una categoría sintáctica homogénea. Por el contrario, consideramos que el papel de marcar la generalidad se realiza usando expresiones de categorías diversas; podemos encontrarnos con términos compuestos de determinantes y nombres comunes, pero también con verbos o con adverbios y en todos los casos estaremos ante actos lingüísticos con una función pragmática similar. Reivindicamos para esta investigación el marco general de la lógica. La lógica no es únicamente el estudio de ciertos lenguajes y cálculos formales; en nuestro uso de la expresión, la lógica es una parte de la semántica. Brandom expresa esta misma idea de una forma contundente: “La lógica es el órgano de la auto-conciencia semántica” R. Brandom (1994, p. xix). Brandom usa esta frase para defender que cuantificadores y constantes lógicas sirven para explicitar las relaciones inferenciales implícitas entre nuestros conceptos. Nuestra posición está cerca de la de Brandom en este punto, pero no nos comprometemos en lo que sigue con una aproximación abiertamente brandomiana. Ni es éste nuestro punto de partida, ni es nuestro objetivo aquí defender la posición del nuevo genio de Pittsburg.

Si tuviéramos que expresar en pocas palabras la idea básica que sustenta nuestra concepción no representacional de los cuantificadores sería ésta: que en el mundo sólo hay hechos singulares. Describir el mundo en su forma más simple consiste en atribuir

propiedades a objetos. Y también en su forma más simple, predicamos la verdad de un contenido proposicional siempre que las cosas sean como la proposición las representa. Por encima de este nivel básico la verdad se computa. La conjunción de dos proposiciones es verdadera si, y sólo si, son verdaderas las dos proposiciones, la disyunción de dos proposiciones es verdadera si lo es alguna de las dos, y lo mismo con el resto de las funciones de verdad, tal como hemos aprendido en nuestros estudios elementales de lógica. La declaración de esta porción de conocimiento de Perogrullo tiene el propósito de tranquilizar al lector y de ayudar a entender lo que sigue en sus justos términos. Nada de lo que se diga en este ensayo entra en conflicto con los fundamentos de la concepción heredada. Pero adquiriremos un conocimiento más ajustado de nuestras prácticas lingüísticas tratando de mirar con ojos nuevos estas viejas tesis semánticas. Nuestro marco general es una semántica del rol conceptual, entendida de manera liberal. Nos centraremos en lo que los hablantes hacemos con las palabras teniendo en cuenta la función que estas desempeñan en el conjunto del lenguaje. No estamos defendiendo ninguna tesis metafísica particular y las reminiscencias de atomismo lógico al comienzo de este párrafo deben entenderse sólo de una manera metafórica. Tampoco nos comprometemos con una teoría de la verdad como correspondencia en sus versiones metafísicamente cargadas, sólo aceptamos aquellos aspectos de la correspondencia que son triviales y que se ajustan al *dictum* aristotélico: “decir de lo que es que es y de lo que no es que no es es verdadero (*Metafísica* Γ, 6, 1011^b27). Consideramos que es la concepción pro-oracional de la verdad la que mejor da cuenta del papel lógico-semántico de las expresiones de verdad en los lenguajes naturales. La concepción pro-oracional es compatible tanto con la letra de la mayoría de las versiones de la correspondencia como con el espíritu del proyecto general que inspira estas páginas¹.

Hay algunas tesis obvias que merecen ser rescatadas de la penumbra de lo que se da por sabido y vueltas a considerar *ab novo*. Una de ellas es la siguiente: tanto en la semántica tarskiana, como anteriormente en *Begriffsschrift* o posteriormente en todas las definiciones recursivas de la noción de verdad, la verdad se define de manera diferente cuando se “predica”² de enunciados simples y cuando se “predica” de enunciados compuestos con el concurso de constantes lógicas. Para adscribir verdad a una proposición expresada mediante una oración simple hay que *mirar*, para adscribirla a una proposición compuesta con constantes lógicas hay que *calcular*. Esta disparidad se suele pasar por alto, pero es la que motiva que nosotros, un tanto provocativamente, digamos que las oraciones compuestas, incluidas las generales, no expresan portadores de verdad. Para aquellos a los que le parezca en exceso provocativa esta versión, pueden simplemente quedarse con la idea de que para el caso de las oraciones complejas, la verdad se “predica” sólo derivadamente. No hay conflicto, no obstante, con el padre de la lógica moderna. En *Begriffsschrift* la barra que simboliza la negación o la pequeña hendidura que indica generalidad no pertenecen al contenido del juicio. Uno puede anteponer la barra vertical a todo el complejo en el que aparecen negaciones y cuantificadores, pero entonces el juicio tiene un carácter diferente. Otra muestra de la disparidad entre pensamientos (proposiciones, contenidos) generales y singulares se defiende en una entrada del *Diario Filosófico* de Wittgenstein del día 20.10.14. Dice

¹ Sobre la concepción pro-oracional pueden consultarse Frápolli (1996) y (2004a), Grover (1992), Grover, Camp y Belnap (1975) y Williams (1976) y (1992).

² Estrictamente hablando, la verdad no se predica de nada. En la concepción pro-oracional, el operador de verdad no funciona como predicado sino como formador de variables proposicionales (pro-oraciones) complejas.

Wittgenstein: “La posibilidad de inferir proposiciones completamente generales a partir de proposiciones materiales – que aquéllas puedan estar en relaciones internas *significativas* con éstas – muestra que las proposiciones enteramente generales son construcciones lógicas de estados de cosas” L. Wittgenstein (1982, p. 33).

Nuestra mirada retrospectiva a Frege y Wittgenstein no tiene el carácter de los argumentos de autoridad sino el de una declaración de paz. No es nuestra intención la confrontación abierta con la concepción heredada acerca de la relación entre verdad y generalidad sino, por el contrario, un intento de entender mejor algo que ellos vieron y que nosotros a veces olvidamos.

Veamos ahora las dos conexiones entre verdad y cuantificación que nos interesan aquí, una es positiva y la otra negativa. La positiva concierne al status lógico-semántico de los cuantificadores y del operador de verdad, siendo ambos operadores lógicos de nivel $n+1$ ($n > 0$). La negativa consiste en el desarrollo de la idea de Ramsey de que los pensamientos generales no son proposiciones en sentido estricto, esto es, portadores de verdad.

2. Verdad y Cuantificadores

Consideremos en primer lugar el status lógico-semántico de los operadores involucrados. Ni los cuantificadores tradicionales ni el operador de verdad son predicados de primer orden. Que la existencia o la generalidad no son propiedades de objetos forma parte del paradigma dominante del último siglo. Que la generalidad necesita funciones como sus argumentos está en *Begriffsschrift* (1879), que la existencia es una propiedad de conceptos se afirma en *Los Fundamentos de la Aritmética* (1884), en donde Frege continúa la estela de Kant. Un concepto de segundo orden (o de órdenes superiores) no representa ninguna propiedad de los objetos, pertenece a otro nivel de descripción, si es que se quiere seguir hablando de descripciones. Una descripción completa del mundo no requeriría en principio más que las expresiones para referir a objetos y un conjunto de predicados y relatores para nombrar propiedades y relaciones. Esto, naturalmente, es una simplificación. Pero colocándonos en un punto de vista teórico y sin reparar en la finitud de las capacidades humanas, podríamos decir que si el único propósito del lenguaje fuera describir, entonces las funciones de segundo orden sólo tendrían el interés de los atajos. Esta no es la situación, no obstante. Ni el papel del lenguaje se reduce a la descripción, ni los humanos tenemos capacidades cognitivas ilimitadas. Ramsey, en R. Braithwaite (ed.) (1931, p. 245), se pregunta “whether [general sentences] play an essential part in our thought” y su respuesta es que no habríamos sobrevivido sin pensamientos generales. Si estos no son imprescindibles para describir el mundo, ¿dónde reside su importancia? La respuesta de Ramsey es de corte naturalista: los pensamientos generales reflejan hábitos, tendencias para la acción que se sustentan en prácticas de experimentación. Ellos nos sirven de puentes entre lo que conocemos y las situaciones nuevas. Sin necesidad de comprometernos con el proyecto naturalista ramseyano, lo que se puede decir es que las funciones de orden superior del tipo de los cuantificadores sirven para establecer relaciones entre contenidos proposicionales básicos. Las constantes lógicas indican operaciones intralingüísticas que se realizan con contenidos representacionales.

La apelación a operaciones *intralingüísticas* no debería disparar la batería de contra-argumentos *prêt-à-porter* propios de algunas discusiones acerca del lenguaje, que consideran la ubicuidad de la función representacional como el único freno al relativismo, confundiendo la cuestión acerca de cómo justificamos nuestros juicios con la cuestión acerca de cómo significan nuestros actos de habla.

Las constantes lógicas, esto es, los cuantificadores, las conectivas, y los operadores de identidad³ y de verdad, son operadores de segundo orden mediante los que llevamos a cabo operaciones con proposiciones. Todos ellos adquieren su importancia permitiendo a los usuarios mostrar conexiones inferenciales entre contenidos primarios. Las conectivas clásicas muestran qué estados de cosas posibles son compatibles y cuáles están excluidos por una determinada combinación de contenidos. Si nos separamos de la interpretación modelo-teórica paradigmática durante el siglo pasado, y tratamos de colocarnos en una perspectiva más pragmatista, esto es, en una que se interese por la manera en la que las expresiones adquieren sus significados, en cómo se aprenden en el lenguaje y qué permiten a los usuarios realizar, veremos que una interpretación en términos de inferencias posibilitadas e inferencias prohibidas es completamente natural. Alguien que sostenga que $\alpha \wedge \beta$, puede usar la información de que α y la información de que β . Desde el punto de vista de la adscripción de creencias, la situación es similar. Si tengo razones para adscribir al sujeto S la creencia de que $\alpha \wedge \beta$, tengo razones para adscribir a S tanto la creencia de que α como la creencia de que β . Y esto vale también para la otra dirección, para la que corresponde a la introducción de las conectivas. La utilización del término “inferencia” en este contexto puede ser desorientadora, porque entendemos “inferencia” de una forma restrictiva. No nos comprometemos con la idea de que las constantes lógicas codifiquen inferencias válidas desde un punto de vista modelo-teórico, sólo con la idea de que quien utiliza oraciones que contienen constantes está mostrando las conexiones que considera que se dan entre los contenidos de sus creencias (o de las creencias de otros a los que se adscriben) y, al hacer eso, está permitiendo o prohibiendo la extracción de consecuencias sobre la base de creencias expresadas. Brandom expresa una idea similar apelando a las nociones de compromiso de nuestras aseveraciones y de derecho (*entitlement*) a atribuir creencias y vías de acción a otros sobre la base de sus aseveraciones en R. Brandom (2002, p. 212 y ss.). La distinción entre las relaciones inferenciales que el hablante establece entre contenidos de sus creencias y la relación semántica de consecuencia lógica entre proposiciones es crucial. Hablamos de funciones del lenguaje no de conexiones necesarias ni desde un punto de vista semántico ni metafísico. Mantener estos dos ámbitos separados, esto es el uso que hacen los hablantes en contraste con el punto de vista externo de la teoría de modelos, es especialmente relevante en el caso del condicional. De otro modo se podría entender que se está defendiendo una interpretación deductiva de esta conectiva (“ \rightarrow ” como “ \vdash ” o como “ \models ”), completamente alejada de la perspectiva interna y no representacional que sirve de trasfondo a la presente discusión.

Las constantes lógicas no representan ni tampoco extraen sus significados de los rasgos del mundo circundante. Esto se extiende también al operador de verdad. No hay ninguna propiedad o conjunto de propiedades de objetos que se represente mediante el predicado “es verdadero”, en contraste con las propiedades de primer orden que se

³ Al hablar del operador de identidad no nos referimos, claro está, al relator diádico de primer orden, “=”, sino al operador que, según algunos autores, expresa en el lenguaje la identidad genuina. Ésta sólo puede tener como argumentos descripciones definidas y no nombres como ocurre con la identidad de primer orden. La identidad entre descripciones aparece en *Begriffsschrift*, aunque Frege no desarrolla su punto de vista sobre la identidad allí, ni tampoco posteriormente. A pesar de la importancia que se les suele conferir a las primeras páginas de “Sobre sentido y referencia” (1892), Frege nunca tuvo una teoría desarrollada acerca de la identidad. Para un tratamiento detallado del operador de identidad, véase Williams (1989).

expresan con predicados como “es inteligente”, “es mamífero” o “es divisible por dos”. La distinción que se quiere marcar aquí no guarda relación con el hecho de que ciertos objetos a los que se adscriben propiedades sean abstractos mientras que otros tengan una localización espacio-temporal. Los números tienen propiedades de primer orden, por ejemplo. Lo que se quiere decir es algo similar a lo que Kant ilustró acerca de la existencia. Si “existir” no es un predicado real, hablar de monedas reales o meramente posibles no afecta al concepto. El predicado gramatical “es verdadero” tampoco es un predicado genuino, no es un predicado de primer orden y, extendiendo el argumento kantiano, no hay diferencia en cuanto a las propiedades involucradas si en vez de decir “La Constitución Española está suficientemente consolidada como para admitir sin riesgos alguna modificación” se dice “Es verdad que la Constitución Española está suficientemente consolidada como para admitir sin riesgos alguna modificación”. Este es el grano de verdad tras la Teoría de la Verdad como Redundancia, un grano de verdad oscurecido desde el principio por la propia denominación dada a la teoría. Que un concepto, un operador lógico o cualquier otra expresión, no tenga una función representacional, el que su entrada en el lenguaje no haya sido como medio para describir el mundo, no significa que no pueda realizar una función esencial, y en modo alguno significa que el lenguaje en cuestión pueda prescindir de él sin pérdida de su poder expresivo. Estas intuiciones que a veces rodean a la discusión de la Teoría de la Verdad como Redundancia, o al grupo completo de posiciones con las que el redundantismo se relaciona, las Teoría Minimistas, derivan de una concepción representacionista del lenguaje que, a pesar de los esfuerzos de Austin, J. Austin (1962), sigue siendo la concepción paradigmática. Reivindicar otros usos del lenguaje e interpretar en este espíritu la función del operador de verdad casi invariablemente atrae la acusación de relativismo. La falacia “descriptiva” se mantiene ubicua.

El operador de verdad no es redundante en los lenguajes naturales y, aún así, no *representa* nada. El operador de verdad es un de-nominalizador, por usar la expresión, de Horwich, en P. Horwich (1990, p. 5), un conversor de designaciones de proposiciones en expresiones de proposiciones, que es la misma idea de Horwich pero en la terminología medieval importada por William y Martha Kneale (1962, pp. 50-51). En la terminología de la concepción pro-oracional de la verdad, que es la que nosotros adoptaremos, el operador de verdad es un constructor de pro-oraciones complejas. Una pro-oración es una pro-forma, una expresión que pertenece a la misma categoría que los pro-nombres, sólo que en vez de tener su referencia anafóricamente ligada a la de una expresión de la categoría de los nombres o, en general, de los términos singulares, su antecedente anafórico es una oración completa de la que hereda el contenido proposicional. Estamos acostumbrados a interpretar que en (1)

(1) Joan compró un libro para Victoria, aunque finalmente no se lo dio a ella, sino a Marina

el contenido de “ella” en este contexto es el mismo que el de su antecedente “Victoria”. Del mismo modo, en (2)

(2) Victoria lo pasó muy bien en Helsinki. Está deseando volver allí, el contenido de “allí” en este contexto es el mismo que el de su antecedente, “Helsinki”. Tanto “ella” como “allí” son *pro*-formas desde un punto de vista lógico, un *pro*-nombre y un *pro*-adverbio respectivamente, y no simplemente un nombre y un adverbio, porque pueden heredar cualquier contenido de expresiones de la categoría apropiada dependiendo del contexto. Así en (3)

(3) Doña Leticia eligió un príncipe. Ella no se conformaría con menos, y

(4) Figo fichó por el Madrid. Allí le pagaban más,

“ella” hereda su contenido de su antecedente “Doña Leticia” y “allí” quiere decir “en el Madrid”.

No estamos, sin embargo, tan acostumbrados a interpretar la función del operador de verdad sobre estas mismas líneas. Pero funciona igual. En (5)

(5) Joan dijo que la película era aburrida y era verdad,

La expresión “[eso] era verdad” tiene el mismo contenido que en este contexto tiene la oración “la película era aburrida”. Y en (6)

(6) A: Los años no necesariamente añaden sabiduría

B: Eso es verdad

“eso es verdad” tiene el contenido que en este contexto tenga “los años no necesariamente añaden sabiduría”.

Este es el núcleo central de la Teoría Pro-oracional de la Verdad. Estamos acostumbrados a pensar que las variables nominales de los lenguajes artificiales funcionan como pro-nombres del lenguaje natural. Análogamente, las pro-oraciones del lenguaje natural funcionan como las variables proposicionales de los lenguajes artificiales y como tales desempeñan la misma función: la referencia anafórica y la generalización. Los ejemplos (1)-(6) ilustran la función anafórica. Los ejemplos (7) y (8),

(7) Si algo es un hombre, eso es mortal,

(8) Todo lo que el Papa dice es verdadero,

Ilustran la función de generalización de las pro-formas. (7) es una versión rebuscada de “Todos los hombres son mortales”, pero la artificialidad se ha buscado para sacar a la luz el pro-nombre “eso”. Si tuviéramos que traducir (7) y (8) a lenguajes semi-formalizados tendríamos

(9) $\forall x (x \text{ es un hombre} \rightarrow x \text{ es mortal})$

(10) $\forall p (\text{el Papa dice que } p \rightarrow p)$.

En este punto pueden surgir dudas acerca de la legitimidad de esas traducciones. Una puede ser que el consecuente de (10) necesitaría ser completado con el predicado de verdad,

(11) $\forall p (\text{el Papa dice que } p \rightarrow p \text{ es verdadero})$,

para ser una fórmula bien formada. Y otra duda está relacionada con los compromisos ontológicos supuestamente derivados de ligar mediante cuantificadores expresiones no-nominales. Ambas dudas derivan de la creencia errónea de que todas las variables tienen la categoría sintáctica de términos singulares y de la interpretación objetual del cuantificador. No nos detendremos en estos puntos. Ya Ramsey contestó a ambas cuestiones cuando propuso su teoría por primera vez en un trabajo póstumo escrito en 1927, “The Nature of Truth”, editado en 1991 por Rescher y Majer⁴. Tras él y de manera independiente, todos los proponentes de una concepción pro-oracional han contestado reiteradamente a las mismas (rancias) cuitas. Lo que a nosotros nos interesa dejar claro aquí es lo siguiente:

(a) que el predicado gramatical “es verdadero” no representa ninguna propiedad del mundo

(b) que no es redundante. Hay otras funciones esenciales además de la de representar cómo son las cosas

(c) que lo dicho en (a) y (b) no nos compromete con ninguna tesis metafísica ni epistemológica especial. En particular, que esta posición no es anti-realista ni relativista.

⁴ Hay traducción castellana en Nicolás y Frápolli (1997) y Frápolli (2005)

El operador de verdad se gana la vida realizando operaciones con proposiciones, no describiendo el mundo.

El que un predicado gramatical como “es verdadero” no sea un concepto en el sentido de Frege, esto es, que no de cómo resultado un nombre de lo verdadero o lo falso cuando se satura su lugar de argumento, que es lo que hemos estado defendiendo en los párrafos anteriores, no implica, no obstante, que sus argumentos no sean (o no puedan ser) nombres de lo verdadero o lo falso. El operador de verdad necesita como argumentos, desde un punto de vista sintáctico, expresiones que sean designaciones de proposiciones, y el contenido de la oración completa en la que se adscribe la verdad es la proposición que actúa como antecedente anafórico de la pro-oración completa.

Cualquier proposición puede convertirse en antecedente anafórico de una pro-oración compuesta por el predicado “es verdadero”. En los ejemplos que a continuación se relacionan,

- (13) A: El agua es un compuesto de oxígeno e hidrógeno.
- (14) A: El número 2 es el único entero que es par y primo.
- (15) A: Dios es el ser mayor que cual nada puede ser pensado.
- (16) B: Eso es verdad

La oración (16) podría replicarse después de cualquiera de las anteriores, (13)-(15), y en todos los casos tendría el mismo significado y *B* estaría realizando mediante ella el mismo tipo de acto. En cada ocasión tendría la preferencia distinto contenido, dependiendo de la oración a la que refiriera. Del mismo modo que en (c) reivindicábamos la independencia de nuestro análisis del operador de verdad respecto del debate metafísico o epistemológico, la identidad de significado de (16) en cada ocasión de uso no nos compromete con ninguna tesis acerca de la justificación. Que (16) signifique tras (13) lo mismo que tras (14) o tras (15) ni nos obliga a ser realistas acerca de los objetos abstractos ni nos obliga a ninguna postura especial acerca de la existencia de Dios. El operador de verdad es una constante lógica, cumple una función en el lenguaje, y aunque se use con profusión en contextos epistemológicos, ni es una noción epistémica ni su análisis está relacionado con el problema de la justificación. El debate entre realistas y anti-realistas tiene profundas raíces metafísicas y epistemológicas, sin duda, pero nada tiene que ver con la definición del operador de verdad.

Vayamos ahora a la segunda cuestión que queríamos abordar en estas páginas: el análisis de las oraciones cuantificadas.

3. Pensamientos Generales

Buscamos, también en este caso, la inspiración en Ramsey: “Variable hypotheticals or causal laws form the system with which the speaker meets the future”, en R. Braithwaite (ed.) (1931, p. 241). Y un poco después en la misma página: “Variable hypotheticals are not judgements but rules for judging ‘if I meet a ϕ , I shall regard it as a ψ ’. This cannot be *negated* but it can be *disagreed* with by one who does not adopt it” (*ibid.*). Lo que Ramsey denomina “variable hypotheticals” son oraciones universalmente cuantificadas. Una oración universalmente cuantificada, una que tiene en su forma lógica una variable ligada por un cuantificador universal, es una regla de inferencia encubierta que nos permite pasar de los casos en los que valga el antecedente a situaciones en las que vale el consecuente. Es un ticket inferencial, usando la idea de Ryle. El filósofo de Oxford expresó una posición parecida a la que aquí sostenemos.

“Los enunciados de leyes son verdaderos o falsos”, puede leerse en G. Ryle (1967, p. 108), “pero no expresan verdades o falsedades del mismo tipo que las afirmadas por los enunciados de hecho a los que se aplican, o se supone que se aplican. Desempeñan tareas diferentes. La diferencia crucial puede ser expuesta de la siguiente manera. Por lo menos, parte de lo que interesa al tratar de establecer leyes es hallar cómo inferir de cuestiones de hecho particulares, otras cuestiones de hecho particulares, cómo explicar cuestiones de hecho particulares haciendo referencia a otras cuestiones de hecho, y cómo producir o impedir estados de cosas particulares”. Ryle está pensando en leyes, pero nosotros extendemos esta intuición a todas las oraciones cuantificadas. Poniendo el acento en lo que los usuarios del lenguaje hacen con sus preferencias, una oración cuantificada muestra una transición inferencial permitida, de acuerdo con las creencias del sujeto que la profiere, y expresa la creencia del sujeto en la conexión de unas proposiciones con otras. Eso no significa que una proposición general codifique una inferencia válida desde un punto de vista lógico, sino que el usuario de la misma exhibe las conexiones conceptuales que, desde su punto de vista, apoyan pasos de inferencias. Hemos mencionado a Ramsey y a Ryle, no hay pues ninguna posición revolucionaria aquí sino una que ya ha mostrado algo de su potencial. Sin ser revolucionaria, no obstante, esta posición se aleja de alguna de las líneas maestras de la filosofía de la lógica del pasado siglo. Junto con la interpretación representacional de las oraciones cuantificadas, rechazamos la idea de que los cuantificadores indiquen, a través de las variables a las que ligan, los compromisos ontológicos de nuestros discursos. Este rechazo va de la mano de nuestra propuesta de que el significado, el rol conceptual, de los cuantificadores es, en el lenguaje natural, homogéneo, esto es, una oración cuantificada desempeña la misma función se profiera donde se profiera. Si optamos por considerar al lenguaje natural como el vehículo más inmediato de nuestras argumentaciones, no hay en principio razón para decidir que algunos ejemplares de expresiones de cuantificación, cuando son realmente usados, expresan nuestro compromiso ontológico mientras que otros ejemplares deben ser eliminados mediante una reformulación, con la excusa de que, a pesar de las apariencias, no comportan ese compromiso. La interpretación metodológicamente más simple y más natural, al menos como primera aproximación, consiste en decir que todas las expresiones que funcionan como cuantificadores de un cierto tipo realizan el mismo papel lógico. Esto es, lo más simple es intentar una interpretación unívoca de cada tipo de cuantificador. El significado de las expresiones de cuantificación tiene que explicarse, en primer lugar, por referencia a las oraciones que son sus instancias, esto es, una parte del significado de los cuantificadores tiene que venir dado a través de la relación entre las oraciones cuantificadas y sus instancias, que pueden ser, ellas sí, proposiciones y desempeñar la función representacional que los cuantificadores no poseen. Lo que sí se puede afirmar, si es que el atractivo de la función representacional nos impide su rechazo, es que las oraciones cuantificadas pueden usarse para describir aunque de manera derivada, esto es, a través de sus casos particulares. Y, en segundo lugar, que el significado de las oraciones cuantificadas tiene que tener relación con lo que los hablantes quieren hacer con ellas cuando las usan. Las expresiones que, en el lenguaje natural, hacen las veces de las variables ligadas de los cálculos, no siempre se eliminan por el mismo tipo de expresiones.

Algunos ejemplo pueden ayudar:

- (17) Los malagueños tienen buen carácter
- (18) Hay al menos un número que es par y es primo
- (19) No todas las actividades del Ministro de Defensa pueden hacerse

- (20) Donde está tu tesoro, allí está tu corazón
(21) A veces las verdades son difíciles de soportar

En (17) la variable ligada varía sobre objetos físicos (personas), en (18) sobre objetos abstractos (números), en (19) sobre acciones, en (20) sobre lugares y en (21) sobre proposiciones. Todas ellas son oraciones castellanas perfectamente asumibles y quien las use no está, por ello, mostrando una ontología en la que pululen al mismo nivel objetos, acciones, lugares y proposiciones. El significado de las expresiones que usamos, el papel que realizan, se aclara mucho tomando en consideración la manera en la que aprendemos a usar los cuantificadores. Y es razonable pensar que aprendemos que ciertas oraciones pueden afirmarse sobre la base de la afirmación de otras. Si alguien dice que el número dos es primo y par, a partir de ahí puede decirse que algún número es primo y par y el significado de esto último depende en gran medida de la relación que tiene con lo primero. Hay así una cierta relación inferencial entre una oración y su generalización existencial, o quizá sería mejor decir que hay una relación de transmisión de las condiciones de asertabilidad: siempre que pueda decirse que la mortalidad infantil a causa del hambre es algo difícil de soportar, o que las razones por las que los laboratorios farmacéuticos se niegan a abaratar el precio de los medicamentos en África son difíciles de soportar, puede decirse que hay verdades difíciles de soportar. Y esta relación inferencial puede usarse en todos los contextos, incluidos aquellos regidos por operadores intensionales, y con todo tipo de expresiones. Por ejemplo, si $\Box (9 > 7)$, entonces $\Box (\exists x) (9 > x)$, esto es, no hay contextos opacos para la generalización "existencial". Si Victoria cree que el Nerevda pasa por Mostar, entonces Victoria cree que hay un río que pasa por Mostar, y si Fran cree que musulmanes y católicos volverán a convivir pacíficamente, entonces Fran cree algo - aunque "algo" en este contexto no esté en el lugar de una variable nominal sino más bien en el lugar de un cuantificador con variable proposicional.

Además de la relación inferencial entre instancias y sus generalizaciones, las oraciones cuantificadas exhiben conexiones inferenciales entre sus conceptos involucrados. Quien profiere una oración como (17) está haciendo patente su inclinación a pasar de la creencia de que Antonio es malagueño a la suposición de que Antonio tiene buen carácter. En este caso tenemos una oración universal afirmativa. En el polo opuesto están las oraciones existenciales, que de acuerdo con su significado estándar, son la negación de oraciones universales. Si esto es así, las oraciones existenciales expresan una prohibición de extraer ciertas inferencias, no son estrictamente tickets inferenciales sino más bien vetos inferenciales. Quien profiere una oración como (21) está bloqueando la posible inferencia que iría desde la afirmación de que tal-y-cual cosa es verdad a la afirmación de que es fácilmente soportable. Las oraciones "existencialmente" cuantificadas expresan la compatibilidad entre los contenidos de sus cláusulas.

Y ya unas pocas palabras para finalizar. Todo lo anterior no es más que un intento de perseguir una prometedora idea, flexible y poderosa, que ha aparecido de tanto en tanto en la mejor tradición filosófica europea y de tomarse en serio la advertencia de Austin, J. Austin (1962/1971, p. 43), acerca de la falacia descriptiva. Las oraciones generales no describen, las constantes lógicas no representan. Por suerte, hay otras muchas cosas que hacer con las palabras.

Agradecimientos: Parte de lo que se incluye en este trabajo fue desarrollado durante mi estancia de investigación en el Departamento de Filosofía de la Universidad de Helsinki, durante la primavera y el verano del 2004. Esta estancia estuvo financiada por

el Ministerio de Educación, Cultura y Deporte, Servicio de Acciones de promoción y Movilidad. En Helsinki tuve el placer de beneficiarme de numerosas conversaciones con Gabriel Sandu sobre la verdad y la generalidad, a quien estoy profundamente agradecida. Mi agradecimiento también a mi colega Manuel de Pinedo por sus sugerencias y estímulo.

Referencias

- AUSTIN, J. L. 1962: *How to do Things with Words*. Oxford: Oxford University Press. Hay traducción castellana: *Palabras y Acciones*. Buenos Aires, Paidós, 1971
- BRAITHWAITE, R. B. (ed.) 1931: *The Foundations of Mathematics and other logical essays*. Routledge and Kegan Paul
- BRANDOM, R. 1994: *Making it Explicit. Reasoning, Representing, and Discursive Commitment*. Cambridge, Mass.: Harvard University Press.
- BRANDOM, R. 2002: *La articulación de las razones. Una introducción al inferencialismo*. Madrid: Siglo XXI. Edición original: *Articulating Reasons*. Harvard University Press, 2000
- FRÁPOLLI, M. J. 1996: "The Logical Enquiry into Truth". En *History and Philosophy of Logic*, 17, pp. 179-197
- FRÁPOLLI, M. J. 2004a: "Ramsey's Theory of Truth and the origins of the prosentential account". En Frápolli, M. J. (ed.) 2004b
- FRÁPOLLI, M. J. 2004b: *F. P. Ramsey. Critical Reassessments*. Londres, Nueva York: Continuum Studies in British Philosophy.
- FRÁPOLLI, M. J. (ed.) en prensa: *Frank Plumpton Ramsey. Obra Filosófica Completa*. Granada, Comares.
- FREGE, G. 1879: "Begriffsschrift". En FREGE (1980), pp. 1-21
- FREGE, G. 1892: "On sense and meaning". En FREGE (1980), pp. 56-78
- FREGE, G. 1980:
- GROVER, D. 1992: *A Prosentential theory of Truth*. Princeton University Press
- GROVER, D., CAMP, J. and BELNAP, N. 1975: "A prosentential theory of truth", *Philosophical Studies*, vol. 27, pp. 73-125.
- HINTIKKA, J. 1978a: "Rejoinder to Peacocke". En E. SAARINEN (ed.) 1979, pp. 135-151
- HORWICH, P. 1990: *Truth*. Oxford: Basil Blackwell. 2ª Edición, 1998, Oxford, Clarendon Press
- KNEALE, W. y M. 1962: *The Development of Logic*. Oxford: Clarendon Press.
- MELLOR, D. (ed.) 1990: *Frank Plumpton Ramsey. Philosophical Papers*. Cambridge: Cambridge University Press
- NICOLÁS, J. A. y FRÁPOLLI, M. J. (eds.) 1997: *Teorías de la Verdad en el Siglo XX*. Madrid: Tecnos
- RAMSEY, F. P. 1931: "General propositions and causality". En BRAITHWAITE, R. B. (1931), pp. 237-255.
- RESCHER, N. y MAJER, U. (eds.) 1991: *On Truth. Original Manuscript Materials (1927-1929) from the Ramsey Collection at the University of Pittsburgh*. Dordrecht: Kluwer Academic Publishers.
- RYLE, G. (1967): *El Concepto de lo Mental*. Buenos Aires: Paidós. Edición original: *The Concept of Mind*. New York, Barnes and Noble, 1949
- SAARINEN, E. 1979: *Game-theoretical Semantics. Essays on Semantics by Hintikka, Carlson, Peacocke, Rantala, and Saarinen*. Dordrecht: D. Reidel Publishing Company

WILLIAMS, C. J. F. 1976: *What is Truth?*. Cambridge: Cambridge University Press
WILLIAMS, C. J. F. 1989: *What is Identity?* Oxford: Oxford University Press
WILLIAMS, C. J. F. 1992: *Being, Identity and Truth*. Oxford: Oxford University Press
WITTGENSTEIN, L. 1982: *Diario Filosófico (1914-1916)*. Barcelona: Ariel
WITTGENSTEIN, L. 1988: *Investigaciones Filosóficas*. Barcelona: Crítica